

que nosotros queremos conservar en ella.

J. Nada tenemos que ver con tu Religión.

R. Vos acaso tendreis la desdicha de no conocer su valor; mas no por eso dejará de ser cierto que ella sigue siendo constantemente un objeto de amor para la mayor parte de los franceses, que gimen al ver abolido su culto y perseguidos sus ministros.

»Una multitud de voces corroboró esta proposición, exclamando: «Sí, sí, eso nos indigna altamente; queremos nuestra Religión, queremos sus ministros.»

J. Tú provocas aquí una sedición.

Nuevos gritos por parte del público: «Está inocente.»

J. Es uno de los mayores criminales, uno de los fanáticos mas peligrosos.

Varias voces: «Los fanáticos y criminales son los verdugos de nuestros sacerdotes.»

J. ¡Silencio! ó recurro á la fuerza armada. Y tú, malvado, ¿por qué quebrantas las leyes que te prohiben ejercer tu supuesto ministerio?

R. Mi contestación será igual á la que dieron los Apóstoles á los magistrados de Jerusalem que les habian prohibido anunciar el nombre de Jesucristo. Viéndose presos como yo y por la misma causa que yo, y siendo interrogados como yo lo soy, respondieron: «Juzgad vosotros mismos á quien deberemos obedecer con preferencia, si á Dios, ó á los hombres.»

J. Queda convicto de fanatismo y de desobediencia á las leyes. Vuélvasele al calabozo para ser llevado con grillos á las cárceles de la capital del departamento.

R. Gracias doy á Dios por ello.

Una voz: «Esto es como la sentencia de Pilatos contra Jesucristo.» — *Varias voces:* «¿Qué injusticia! ¿Qué barbarie!» — *Otras:* «¿Hé aquí cómo quieren conservarnos la Religión! No tienen mas delito los curas que querer defenderla.» — El salon se convirtió en un tumulto de voces, gemidos, quejas y murmullos. Yo dirigí á aquel numeroso con-

curso de fieles palabras de paz, de aliento y de consuelo, y me ví á la vez colmado por su parte de buenos deseos y bendiciones. Hermanos míos, alabemos sin cesar á Dios, pues esta escena fué un verdadero triunfo de la Religión en la persona de su cautivo.

»Trabajo les costó á los soldados abrirse paso entre la multitud para volver á llevarme á la prision, y á pesar de sus esfuerzos fui acompañado de muchas personas piadosas que no cesaron de darme muestras de su dolor y buenos deseos. ¡Ah! ¿qué grata me fué la fé que ellos me manifestaban! ¡Cuán dulce gozo inundó mi espíritu! ¡Felices, gloriosas cadenas eran las que yo arrastraba por Jesucristo! ¡No las hubiera trocado por el cetro de los dominadores del mundo! Entré en la cárcel, me metieron en un calabozo, y me pusieron grillos en los pies. Eran las once de la mañana.

»De allí á una hora entró el llavero á darme de comer, diciendo con aire de satisfacción: «Mala mañana habeis pasado. Ahí teneis con qué reponeros, y no temais ser indiscretos por comer mucho, pues os han traído seis comidas.» Yo le rogué que las repartiése entre los presos mas indigentes y diese gracias á las honradas personas que me habian favorecido con su liberalidad.

»He sabido que por la tarde se presentaron muchos fieles á la conserjería de la prision pidiendo permiso para verme; pero se habian dado las órdenes mas estrechas, y por consiguiente les fué redondamente negado lo que solicitaban.

»Al dia siguiente muy de mañana entraron dos gendarmes en mi calabozo, atáronme los brazos, me quitaron los grillos y fui conducido por ellos á las puertas de la ciudad, donde nos esperaban otros tres gendarmes, con cuya pequeña escolta emprendí la marcha montado á caballo.

»Dirigieronme aquellos soldados algunas chanzonetas, á las que procuré responder con el mayor buen humor posible: la conversa-

ción se fué poco á poco empeñando hasta venir á parar en lo tocante á los sacerdotes. Defendí nuestra causa con dulzura y sencillez, de modo que llegué á notar que les interesaba.

»Sabemos bien, dijo uno de ellos, que los curas no son mónstruos, como se nos quiere hacer creer.

»Nada de eso somos, le respondí, nosotros no somos bebedores de sangre.

»¿Pero por qué, dijo otro, dais lugar á que tengan que prenderos?

»*R.* Si eso dependiera de nuestra mano, seguros podeis estar que no os causariamos la molestia de tenernos que prender.

»*Gendarme.* ¿No sabeis vivir tranquilos y absteneros de ejercer vuestras funciones?

»*R.* Es que no hemos recibido el carácter de nuestro sagrado ministerio para tenerlo infructuosamente encerrado en nosotros mismos; cuando vemos que el lobo hace tan horribles estragos en el rebaño, estamos obligados á luchar contra él y arrancar de sus garras el mayor número de ovejas que podamos.

»*Gendarme.* ¿De qué lobo hablais?

»*R.* Hablo del demonio, que anda desencadenado sobre la tierra, escitando á sus esclavos con su furor y causando todos los dias la perdición de infinito número de almas.

»Eso es fanatismo, dijo otro gendarme.

R. Lo que acabo de decir, es una verdad reconocida como tal por todos los cristianos, hasta por los herejes; para destruir las verdades de la Religión, es preciso algo mas que esa palabra *fanatismo*, empleada las mas de las veces sin ser comprendida y que es tan aplicable á la Religión como la palabra *tinieblas* á la luz.

Gendarme. Luego habeis sido vencidos por el diablo, pues ya os estais viendo cargados de cadenas.

R. Estas cadenas son para mí, asi como lo fueron para los mártires, testimonio de nuestra victoria sobre los demonios: estos no

han vencido sino á los impíos que nos las han mandado poner.

»*Gendarme.* ¿Vendremos á parar en que nos suponeis satélites del demonio?

»*R.* No digo eso: pero si he de hablaros con franqueza, no es ciertamente muy cristiano lo que haceis prendiendo á un ministro de Jesucristo.

»*Gendarme.* ¿Nos mirais con rencor?

»*R.* Dios me libre: os compadezco y deseo sinceramente vuestra salvación.

»*Gendarme.* ¿Nos crees fuera del camino de salvación?

»*R.* No me parece que vais muy derechos por él.

El que hacia de jefe interrumpió bruscamente este diálogo, diciendo: Dejad esa conversacion.

»Llegamos á un pueblo mas conocido por su adhesión á la fé, que por el número de sus habitantes: era precisamente un domingo, y á la entrada de la poblacion habia algunos hombres, cuyo número se iba aumentando, y nos observaban con una especie de interés, que llamó la atención al jefe de la escolta. Colocarse al lado del preso, sable en mano, y mantenerse firmes, dijo á sus subordinados. En este pueblo tenian ya noticia de mi interrogatorio del dia anterior; presumieron que yo era el que lo habia sostenido, y formaron el proyecto de arrebatarme. Al entrar en la ciudad, nos vimos rodeados de una masa impenetrable de hombres, niños y mujeres; presentábanse en primer término algunos mozos con fusiles armados de bayoneta: veíanse mujeres con tridentes, y hombres con guadañas... De aquella multitud no salia mas que un solo grito: «¡Dadnos ese cura: soltadlo!» El gendarme que hacia de jefe, gritaba: «En nombre de la ley, retiraos: dejadnos pasar.» Pero los gritos de la multitud sofocaban su voz. Yo hice un esfuerzo para que me oyeran, y habiendo conseguido algun silencio, les dije:

«Os doy gracias, amigos míos; pero nada de derramar sangre, como no sea la mía.» — «No queremos sangre, respondieron por todas partes: lo único que queremos es que os suelten.» — «Eso no es posible: no os espongaís á una calamidad.» — «A estas amonestaciones» respondió una voz unánime, diciendo que nada temían. — «Vais á traer una venganza sobre vuestro pueblo, y á mí mismo me vais á hacer un triste servicio. Mi gloria, mi dicha consiste en verme preso por nuestra santa Religion. Dejadme pasar.» — «No, no, gritaron muchos: nos van quitando todos los sacerdotes para hacernos vivir y morir sin Religion como animales; no pasareis adelante...» — «Os lo suplico, volví á replicar; nada de violencias. No quiero una libertad comprada á ese precio. Si Dios quiere dármela, no necesita de vuestras armas; él me la dará sin comprometer vuestra seguridad. Si su intencion es que yo le glorifique entre cadenas, ¿por qué habeis de oponeros á su voluntad, á mi dicha y á la gloria de la Religion? Os lo pido en su nombre: abrid paso.» La multitud conmovida empezó á oscilar... Los gendarmes permanecían inmóviles. Yo les dije: *Avancemos.* Marchamos entre dos compactas masas, que se fueron apiñando á nuestro lado, y yo no pude menos de saludar amistosamente á unos hombres tan honrados, diciéndoles al pasar: «Gracias, gracias: yo rogaré por vosotros. Haced otro tanto por mí, permaneced fieles á Dios, y no perdais la confianza en su misericordia.»

«Estábamos ya fuera del pueblo, y aun no se habían repuesto de su turbacion los gendarmes. «Sois un valiente, me dijo el que hacía de jefe. Disgústame la orden de tener que llevaros preso; pero os dispensaremos cuantas atenciones podamos.» — «No las necesito, le respondí; pero os suplico, en vista del interés que me manifestais, que lo que acaba de suceder se borre de vuestra memoria y no presentéis queja alguna con-

tra esa honrada gente que trataba de librar-me.» Así me lo prometió: mandó además que se me quitaran las ataduras, y proseguimos nuestro viaje como hermanos.

«Al medio dia me obsequiaron con una buena comida, dejándome en absoluta libertad. Yo no abusé de ella. Uno de los gendarmes me hizo señal de que me fugara, y luego me lo dijo á la oreja. «Yo le respondí: no quiero abusar de vuestras consideraciones, ni quiero comprometeros.» — «Hombre honrado, me dijo él en un tono lleno de conviccion, bien digno sois de mejor suerte.» — «Ninguna mas feliz, si se considera bajo el punto de vista de la Religion, le repliqué.»

«Volvimos á ponernos en marcha, y anduvimos las cinco leguas que aun nos faltaban para llegar á la capital del departamento. Los gendarmes, al hacer entrega de mi persona, me recomendaron al alcaide y se despidieron de mí con aire de tristeza.»

«A mí por de pronto, segun costumbre, me metieron en el calabozo; mas al dia siguiente se me permitió salir y pasé á un anchuroso aposento, en donde habia un gran número de presos. ¿Cuánto me consoló el encontrarme con muchos de mis cohermanos de cuya prision tenia ya noticia! Abrazámonos tiernamente, y nos contamos mutuamente nuestra historia. «Animo, hermanos, dijo uno de ellos, notable por sus blancos cabellos y un aire de virtud que inspiraba veneracion: nuestra suerte está en las manos de Dios, mas bien que en las de los hombres. ¿Qué puede sucedernos que directamente no redunde en gloria nuestra? Los padecimientos son el camino del cielo. Bendigamos á Dios y no le pidamos mas sino que su santa voluntad se cumpla, sin que ni un momento nos distraigamos de su santo servicio.» — «Si, sí, le respondimos, permanezcamos todos unidos en Dios, en vida y en muerte.»

«Tres semanas pasé en aquella cárcel, y en este tiempo ví entrar en ella á muchos sa-

cerdotes, confesores de la fé, esmerándome en dispensarles tan buen recibimiento como el que yo habia tenido.

«Cierto es que estábamos mal alimentados; que el alcaide nos trataba con dureza, y que los presos por delitos comunes solian llegar al extremo de ultrajarnos; mas todo esto lo considerábamos como bendiciones. Lo que nos era insoportable, era el oír las blasfemias, las obscenidades, los juramentos, las imprecaciones y aquellos gritos de furor y desesperacion que de tan impuras bocas solian salir con demasiada frecuencia. Aquellos desgraciados, como que carecian del apoyo de la Religion, sufrían como los condenados sin mérito y sin consuelo. Inspirábanos una profunda compasion; lamentábamos su desgracia, y procurábamos grangearnos su confianza é inspirarles mejores sentimientos, dispensándoles cuantos servicios estaban en nuestra mano. Como vivíamos entre sacerdotes, nos consolábamos mutuamente con tierno y religioso afecto; nuestra suerte nos parecia dulce, y los dias no nos parecían largos.»

«Mas no sé por qué motivo fuimos todos encerrados súbitamente en calabozos, de los que no se permitía salir mas que dos horas por la mañana y otro tanto por la tarde para tomar el aire en un patio donde el sol apenas podia penetrar. Confieso que esta nueva situacion me pareció penosa; pero no duró mas que ocho dias, que tardamos en salir para Rochefort.»

«Antes de llegar á esta época debo referiros un prodigio de la gracia, de que tuve la dicha de ser instrumento, hallándome en las cárceles. Dios bendijo en ellas con bastante frecuencia el celo y la caridad de sus ministros por medio de la conversion de los pecadores y de los impíos. ¿Cuántos se felicitarán por toda una eternidad de haber encontrado su salvacion en un lugar á donde no habían entrado mas que con el peso del crimen y con el horror de la naturaleza! La conversion de que

voy á hablaros fué súbita como la del buen ladrón. Dos presos acusados de asesinato habian sido condenados á muerte. Así que se les notificó la sentencia se abandonaron enteramente á todos los furores de la desesperacion. Consiguieron romper sus grillos, desenladrillaron el cuarto llamado de los *criminales*, y dando alaridos que resonaban en toda la cárcel, juraban quitar la vida al primero que se les arrimara. Los dependientes de la cárcel no se atrevían efectivamente á acercarse á ellos, y no se sabia cómo hacer para llevarlos al patíbulo. Hallábame yo en el patio, y habiendo propuesto al alcaide que me permitiera ir á calmar á aquellos desgraciados, me introduje efectivamente en su estancia. «Amigos míos, les dije, soy un preso como vosotros: ved mi cadena, no tengais la menor duda; pero soy sacerdote, y vengo á consolaros y exhortaros á que empleis más útilmente el breve tiempo que os queda ya de vida. ¿Para qué os entregais así á la desesperacion? ¿Tanto amais esta miserable existencia, que temeis ir demasiado pronto al Paraiso?» Los dos reos quedaron inmóviles en mi presencia, temblando de la agitacion en que los habia sorprendido, y permanecían con la vista clavada sobre mí, expresando en su rostro los diversos caracteres de la cólera y de la timidez, de la esperanza y de la admiracion. «Sí, proseguí diciendo, vuestra suerte está ya decidida; en vano intentariais oponeros á ella; empero otra vida, eternamente feliz, os está esperando; el cielo os abrirá sus puertas, si vosotros sabeis utilizar estos breves momentos.» Al acabar de decir estas palabras los dos reos se postraron de rodillas á mis pies, con los ojos fijos en mí. Yo cortado por el pronto, enternecido hasta derramar lágrimas, bendije al Dios de las misericordias, y lleno de una viva confianza, me esforcé en reanimar la fé y la esperanza de los bienes futuros en aquellas almas mancilladas con el crimen. «Luego aun



podemos esperar, me dijeron con voz turbada. — «Sí, amigos míos, les respondí, debéis esperar todo de la bondad de Dios: vuestra salvación no depende sino de vosotros mismos. Si queréis sinceramente convertirlos, si queréis aprovecharos de las gracias del sacramento de la reconciliación, tened valor: la misericordia de Dios no tiene límites: él os perdonará y vuestro suplicio se convertirá en triunfo.» — «Sí, sí, exclamaron ellos, queremos confesarnos; tened piedad de nuestras almas,» y así diciendo me abrazaban las rodillas. Varias personas habían presenciado esta escena: yo pedí al conserje que hiciese de modo que se retardara la hora de la ejecución: en seguida oí la confesión de aquellos desgraciados. Llegada la hora fatal, dejáronse arrear como unos corderos: pidiéronme de rodillas mi bendición; se la di, les abracé y les dije: «Amigos míos, no olvidéis vuestras promesas, ni que vais á comparecer ante Dios, ni la felicidad que os espera.» Como toda la población tenía noticia del exceso de furor á que aquellos dos desgraciados se habían entregado en un principio, causó mucha admiración el verles marchar al patíbulo con calma y resignación, levantando la vista al cielo, orando y pidiendo oraciones á la gente que hallaban al paso. Al estar sobre el cadalso dijo uno de ellos, dirigiéndose al pueblo: «Conserváos fieles á la Religión: por haberla olvidado he cometido yo el crimen que me ha conducido á este sitio:» y el otro exclamó: «debemos nuestra salvación á un cura. ¡Dios os conserve los ministros de la Religión!»

Este suceso produjo gran sensación en la ciudad y sus inmediaciones. La gente honrada bendijo al Señor, y hasta los mismos impíos rindieron homenaje al poder de la Religión. No faltó quien pensó utilizar esta feliz disposición de los ánimos para pedir la libertad de los sacerdotes encarcelados: pidiéronla efectivamente muchos fieles reunidos; pero el tribunal del departamento desechó la súpli-

ca, diciendo que la ley se oponía á ella, y tomaron la secreta determinación de deportarnos cuanto antes.

Al amanecer del día siguiente, nos hicieron marchar en número de doce, y en dos carros, colocados dos á dos de frente y con los brazos atados á la espalda. Aquel venerable anciano de quien ya he tenido ocasión de hablar, fué uno de nuestros compañeros, á pesar de las órdenes que esceptuaban de la deportación á los sexagenarios. La aurora empezaba á rayar cuando nos pusimos en marcha; estaba lloviendo, y soplaban un viento glacial. Los carros se pusieron en movimiento rodeados de un piquete de gendarmes. En algunas ventanas veíamos asomarse personas que nos miraban con la mayor compasión. Una señora, que no vivía sino para hacer bien, nos trajo un socorro en dinero, y al entregarlo al anciano, dijo con los ojos arrasados en llanto: «Venerables sacerdotes, Dios os proteja, y os deje volver algún día! rogad por nosotros.» Correspondimos á estas afectuosas palabras con bendiciones, y emprendimos la marcha, sufriendo tres días de toda clase de privaciones, hasta llegar á una ciudad del departamento inmediato. No esperábamos ser mejor tratados en ella que en la que acabábamos de dejar; pero con gran satisfacción nuestra vimos que nos habíamos equivocado. Bendecid con nosotros á la divina Providencia, que nunca desampara á los suyos. Por largo que debiese ser nuestro viaje, ya habíamos vencido el tránsito mas penoso; á proporción que nos íbamos alejando del país que era mas grato á nuestro corazón, nos estaba reservado el ir encontrando mayores consuelos.

Apenas llegamos á la cárcel, fuimos visitados por dos respetables señoras, que nos manifestaron no la simple sensibilidad de la compasión humana, sino el vivo interés de la caridad cristiana y del celo religioso. Nos hallábamos con la ropa mojada y transidos de

frio, y aquellas buenas señoras mandaron por de pronto que se nos dispusiera una buena lambre: en seguida y con la mas afectuosa solitud informáronse de nuestras necesidades: instaron para que tomásemos algunos socorros pecuniarios, prometieron volvernos á ver en el caso de que permaneciéramos en aquel punto; y por último, nos dijeron que ellas se encargaban de enviarnos nuestra comida. Faltábanos palabras para expresar nuestra gratitud. «Dignos confesores de la fé, nos dijeron ellas, por conservarnos la Religión os hallais entre cadenas, nos alentais con vuestro valor, interesais al cielo en favor nuestro con vuestras virtudes y penalidades, sois nuestros padres espirituales y la imagen de Jesucristo perseguido y sufriendo por nosotros..... ¡Ah! á nosotros es á quien toca manifestaros nuestra gratitud y respeto..... ¿Lo podremos hacer de un modo competente?» Separáronse por último de nosotros derramando tierno llanto, dejándonos llenos de admiración, de gratitud, y de una religiosa ternura, cual yo no sabría expresar. ¡Qué ángeles, nos decíamos unos á otros, son estos que Dios nos envía á visitarnos en la prisión! ¡Qué sublime grandeza es la que al alma dá la fé! ¡Qué diferencia entre estas piadosas señoras y las mugeres mundanas, en quienes la impiedad parece haber estinguido hasta el germen de la sensibilidad tan natural y tan honrosa para su sexo!

Algunas horas despues, fuimos visitados por dos celosos católicos, que despues de habernos afectuosamente manifestado el interés que se tomaban por nuestra suerte, se lamentaron con nosotros de los males de la Iglesia: informáronse del estado de la Religión en nuestro departamento y se admiraron del grado de persecución que aun se ejercía allí contra sus ministros. «En este departamento, nos dijeron ellos, es cierto que los sacerdotes no desempeñan públicamente su ministerio desde la jornada de fructidor; pero les es per-

mitido ejercer el culto en localidades particulares y bastante espaciosas; allí se dedican á instruirnos y á administrar los sacramentos: visitan además las casas de los fieles, y en todas son recibidos con placer y gratitud. No nos faltan, gracias á Dios, socorros espirituales; tenemos sacerdotes en la mayor parte de las parroquias, y no son objeto de calumnias, ni delaciones.» — «Es decir, les respondimos nosotros, que vivís en una tierra de bendición.» — «No podemos en verdad decir que el pueblo de este departamento sea malo; por lo general permanece siendo fiel á la Religión, y hasta los mismos que han tenido la desgracia de olvidarse de la verdad y rehusar sus beneficios, no quieren que se persiga á los ministros del altar. Pero el demonio de la persecución nos trae de cuando en cuando cierta clase de hombres, que escitan sin cesar á los gendarmes y á los soldados á perseguir á los clérigos, provocando á los funcionarios públicos á la ejecución de eso que ellos llaman la ley. Esta supuesta ley, añadieron, no es considerada entre nosotros mas que como un resto de la tiranía de Robespierre. No hay un solo hombre honrado que no esté convencido de la inocencia de los sacerdotes y que no deteste la persecución: al pueblo le causa estremado horror, y sea el que quiera el espíritu de los tribunales, se rechaza en ellos á los provocadores de la persecución, y se respeta generalmente la causa de la humanidad y de la justicia y el deseo del pueblo. Sabemos que este mismo espíritu de moderación va dominando en los tribunales de otros departamentos, y esperamos que Dios dará al fin la paz á su Iglesia y le devolverá los dignos ministros que hoy gimen en las prisiones.» Al día siguiente partimos de esta ciudad, y aun teníamos que andar mas de ciento veinte leguas para llegar á nuestro destino. Diversas penalidades tuvimos que sufrir durante este largo tránsito, viéndonos constantemente encadenados, espuestos al rigor del aire en una